

Prólogo a C.G.-R, que por delicadeza ganó y perdió la vida

Escribe Ignacio Ruiz-Quintano: “César era más grande escritor que nadie, desde Ramón, escritor puro. Es una sencillez entre Azorín y Baroja, sólo que con el estilo añadido que le falta a Baroja y con la gracia añadida que le falta a Azorín”. Hemos preparado el volumen que el lector tiene entre sus manos con la esperanza de avalar esta catalogación, que citamos porque, naturalmente, nos parece tan certera como parecerá estrambótica a quienes no lo hayan leído o no lo conozcan suficiente, víctimas quizá de una convencional historia literaria y artística del siglo XX español, minuciosamente acotada, a menudo, a periodos y autores útiles para el discurso político-cultural dominante. Hasta qué insondable punto, la historia de la literatura y las artes, en España, es una continuación de la política por otros medios, está por calibrar. El relato cultural que se ha hecho del siglo XX español no tiene que ver, en muchas ocasiones, sino con una cualidad instrumental que, soslayada, absolutiza a los instrumentados como santones y denigra u olvida a los que no resultan solubles en la munición de encargo.

Que esa charca pútrida que los pomposos llaman “cultura”, como institución intelectual, es un cadáver que yace en las cunetas de nuestro país, lo acredita un libro como este. Es un disparate, posibilitado, por supuesto, por la disparatada situación del panorama editorial. Un desconocido y joven, con más harta novelería en la cabeza que ciencia, graduado en Historia (siquiera en Filología), y una modesta y audaz editorial, procuran reprimonar a un literato de la talla y dimensión de César González-Ruano, habida cuenta de que los pocos que se han ocupado de su figura lo suelen hacer impulsados por una comprensión de la función histórico-literaria discípula de Atila y su caballo. La literatura, como escribió Ruano, es esencialmente nostalgia o caridad: “Nostalgia en cuanto todo lo que no es recuerdo o mundo sensible de la experiencia, es imitación o plagio. Es caridad en cuanto el buen escritor atiende y se fija en el sujeto insignificante, en la cosa pequeña, emprendiendo una obra de rehabilitación”. Del mismo modo, son nostalgia y caridad las emociones que debieran mover al buen historiador literario (y aun al historiador puro): nostalgia de escrituras nobles y raídas por el tiempo, caridad por los hombres que las articularon y sobre los que pesa el desconocimiento o la maldición de un olvido consignado.

Descubrí a Ruano gracias a una novela de Juan Manuel de Prada, escritor que no poco se ha alimentado de las reliquias dejadas por aquel. Me refiero a *Las máscaras del héroe*, gran novela, a la que se debe la exhumación de escritores ignorados por las facultades de letras (usualmente, los más interesantes, para desgracia de sus estudiantes). Tras ese primer conocimiento proyectado del hombre-mito, la lectura posterior, años más tarde, de sus *Memorias*, me desveló al escritor. Y además una vida, como escribe el propio Ruano sobre la de Enrique Gómez Carrillo, «tumultuaria y afortunada, elegante y millonaria en anécdotas y accidentes». Una gran vida, en fin, de escritor, que vive, piensa y respira por la literatura. Porque se puede escribir. Pero ser escritor es otra cosa, y no necesariamente asegurada por la primera circunstancia.

Las memorias de Ruano son como una Biblia de la mirada y el verbo exquisitos, del temperamento sutilmente melancólico y de una altura que nos parece plenamente insertable en el canon memorialista europeo del siglo XX. Me pareció entonces una

pequeña y rara joya, un libro que, desde luego, vale por cientos de obras completas de muchos de los escritores catapultados, y hoy me sigue pareciendo un refugio que entibia la sensibilidad herida por una contemporaneidad gélida como el metal para el sentido de la belleza en el estilo, en el arte y en la vida. Seguí leyendo sus *Diarios*, sus relatos, sus poesías, sus libros de viajes. Hasta arribar, finalmente, al río infinito de su obra periodística, con la que pude hacerme gracias a una famosa aplicación de compraventa de todo tipo de objetos, por un precio cuantioso, pero regalado si bien se piensa. Normalmente, cuando uno peina la obra literaria de cualquier escritor, encuentra lagunas, decepciones, calvas en la altura o la calidad buscada o acostumbrada. No así me sucedía con Ruano. Cada descubrimiento era superior al anterior. En sus páginas se encuentra siempre patente una inteligencia poética formidable, como pocas me habían deslumbrado, que opera con pasmosa facilidad con las herramientas de la plástica literaria, en una especie de *proustianismo* sin alifafes, que refulge de ironía y desengaño anticipatorios. En Ruano, un talento ágil y gracioso, como de alquimista de la literatura, dota a la narración de cualesquiera minucias de un latido singular, inconfundible, capaz de transfigurar lo anecdótico, que en otros nos aburre en una delectación de imposible apartamiento. Aquellos libros, aquella prosa, me produjeron un sutil y duradero embrujo. Así, instalé en el palacio de mis predilecciones literarias una estancia cálida para su artífice.

O la literatura agita íntimamente o nada es. La verdadera literatura te cambia la vida o el pensamiento, que tantas veces es lo mismo. La literatura verdadera es como la luna que asoma sobre el firmamento, tímida y majestuosa, cuando se pone el Sol de los tópicos y cesa el ruido del ambiente vulgarizado y monótono. Como el son de un tango en el paseo por una calle sin alicientes, irrumpe César González-Ruano en el oído y en el corazón. Yo he leído sus páginas como una gimnasia de la sensibilidad, en búsqueda de ese trance estético-espiritual que, como el alcohol en lo fisiológico, a uno le habilita para soñar despierto.

César González-Ruano nació el 22 de febrero de 1903, en Madrid, hijo único de padres santanderinos. Fue el más grande periodista literario de España, poeta, novelista, viajero, amante y trabajador infatigable de la Literatura, siervo sudoroso de ella al principio, señor, finalmente. Desde la segunda posguerra mundial hasta 1965, año en el que un día de diciembre –15– le vino a ver la muerte tras entregar el último de los treinta mil artículos que portaron su firma, César González-Ruano llevó en su testa la corona de Larra, institucionalizando en la cultura nacional el periodismo literario que no supo hacerse popular, universal realmente, sino con él. Escritor perpetuo, como le bautizó Umbral, corresponsal de *ABC* en Roma y Berlín durante los años de entreguerras, su memoria subsistió brevemente tras su desaparecer, como referente inexcusable de la modernidad literaria española, y como símbolo de una institución humano-literaria que era él mismo. En su postrimería vital, los jóvenes aspirantes a escritor iban a su oficina del Café Teide sólo para verle escribir, con su atuendo de ejecutivo de la lírica y sus manos, de finos dedos, renegridas por el hollín invisible de la mina literaria, como un espectáculo teatral o una liturgia religiosa en que a esos jóvenes les era dada la más pura y completa imagen de escritor que nunca vieran.

Se ha dicho que CGR hizo de los artículos un arte, en la prosa corta, comparable a lo que en la lírica representa el soneto. Y es cierto. Cada vez que leemos uno de sus artículos, tenemos la misma sensación de redondeo, de acabado musical, que nos proporciona la clásica fórmula poética, y que hoy sigue persiguiendo un escritor castizo cuando se propone rubricar una columna. Ruano adaptó la idea del poema en prosa, legado de su admiradísimo Baudelaire, a las convenciones sociales y literarias de su tiempo, sitiadas por la prisa, la creciente tiranía de la actualidad y la apetencia de información, convenciones que buscó satisfacer el artefacto del periódico, que coincide, en la vida de Ruano, con su apogeo y su época dorada: antes, y con excepciones, los periodistas eran obreros de condiciones salariales similares a los trabajadores del ferrocarril. El lector apreciará el sistema de Ruano: seleccionar sucesos menudos de la actualidad externa o interna, significativos, simbólicos o delatores de la época, y convertirlos en trampolín para la reflexión lírica de lo vital, buscando lo trascendente en lo mínimo, la Historia en la Vida y la Poesía en la Prosa. La fórmula de Eugenio d'Ors, es decir, elevarse a la categoría a través de la pequeña historia cotidiana o anecdótica, solo que, en el caso de Ruano, trocando el apunte filosófico por el estético. Es este el que podríamos denominar el mecanismo esencial del obrador periodístico de CGR, que él, en sus memorias, refiere así: «Había logrado dar con un tipo de artículos que no hacía nadie ni habían hecho los de las generaciones anteriores y que eran del gusto de casi todos: una discreta aplicación de elementos de la cultura, una participación grande de valores de la invención poética y un como gusto hacia las formas melancólicas (...) y aun con las imposiciones de la actualidad realista y vulgar que yo no sólo no rechazaba, sino que procuraba cuantas veces podía». Frente a un periodismo notarial o un periodismo de opinión o de «batalla», Ruano ejerce un periodismo próximo a lo antiperiodístico, al margen del polvo levantado por las grandes noticias, un periodismo literario y sentimental, que busca refrescar áridas páginas del periódico de esencia intemporal, de tradición cultural y de intimismo autobiográfico. Las razones de este partidismo de CGR podrían darse, pues son de enorme interés, pero no pretendemos hacer una crítica literaria en este modesto retrato o presentación. Entre otras razones, porque en *La escritura perpetua*, el estudio crítico y literario de Ruano está admirable y definitivamente realizado por Francisco Umbral, autoproclamado discípulo y, desde luego, usuario privilegiado de su panoplia.

Ni el pensamiento ni la literatura de CGR encontraron jamás acomodo en las academias, aunque plurales amigos tuvo en los más grandes ámbitos de la inteligencia (quizá nadie en la España de aquellos tiempos poseyó, como queda patente en su literatura, una vida social más en contacto con los genios vivos, españoles o internacionales, de la literatura y las artes). Ruano, solitario con gran don de gentes, logró ser un escritor exquisito y popular: el binomio imposible. Ni casticista ni extranjerizante, sino síntesis, escribió como un francés traducido al madrileño, como un español atravesado tanto por la nostalgia de lo local como por el gusto cosmopolita.

La literatura periodística de Ruano es una crónica de excepción del siglo XX, una enorme y caleidoscópica poesía de su intrahistoria. Superdotado pintor –con palabras– de un mundo bello y convulso, CGR practicó una concepción de la literatura que era corolario, y vestigio, de la última república de las letras habida en Occidente, la que retrata Stefan Zweig en *El mundo de ayer*, cuya hegemonía para perfilar el mundo intelectual, si bien fenece con la Segunda Guerra Mundial, sobrevive en algunos custodios que asomaron los ojos a la civilización en ruinas; artistas que se descuelgan de trayectorias

fundadas en la nada, que rehabetan las formas y el espíritu que dieron frutos mejores, y que a la destructiva pregunta de si se podía seguir escribiendo poesía después de Auschwitz, respondieron que sí. Exponente singular de ello es Ruano: continuamente hace poesía, pero no del progreso, como los desengañados de la Ilustración, sino precisamente de lo naufragado, de lo herido de muerte. Miguel Pardeza, quien más sabe de él entre nosotros, le llama cronista de la fuga del tiempo, del luto que transpira un mundo en vías de desaparición. Su pluma-pincel crea constantemente claroscuros con el brillo de antiguos tesoros no totalmente desvanecidos por la bomba atómica y por la revolución cultural (revolución que, en realidad, era una decapitación de todos los valores de los que emanaban razones poéticas). En esa franja entre la nostalgia por lo que está en retroceso y la realidad porvenirista y arrolladora, se encuadra su visión, melancólica siempre, pero nunca apocalíptica ni carente de jovialidad y empatía; dando lugar a un matiz y una ponderación desacostumbradas en el genio español. Frente a la destructividad, la crítica furibunda o la lamentación, CGR hace melancolía en estuches de belleza, de elegía y cántico. No hay odio nunca en él hacia lo nuevo, sino un insuperable amor hacia lo caduco o lo marchito. No se revuelve. Sólo rehabilita, en el silencio de la escritura y del sentimiento, sin alharacas ni politiquería. Su pluma, acogedora y generosa, derrama luz sobre los seres, los objetos, las geografías, lo que cambia y permanece, las ganancias y las pérdidas que tales mudanzas acarrearán sobre la comedia del mundo.

CGR nace a la vida literaria cuando el modernismo, si aún caliente, débilmente, el clima de la creación poética, ya es tentacularmente asediado por el pulpo de las vanguardias. En ese entrecruzamiento entre un tardío modernismo y una moda emergente de experimentación, se prueba Ruano, fabricando una prosa de barroco formato y romántico poso, que se enguanta en juegos y resabios de un surrealismo ampliamente habitado por él en sus libros de versos. En los temas y las preocupaciones se muestra hijo de la bohemia literaria a la que se debe, sobre todo, fijar literariamente el Madrid de la Restauración, con los giros aprendidos de Baudelaire, Cansinos Assens y Gómez de la Serna, primeros magisterios a los que Ruano se acogió tras sumergirse en los ambientes de un proletariado del arte radicado en los cafés, militante de una existencia excéntrica y desmesurada, que marcó indeleblemente su inclinación por lo marginal, lo pintoresco y lo desamparado. Ruano, pese a tratar temas castizos, nunca fue costumbrista, pues le libraba de esa tentación un lirismo y un cinismo que provenían de su formación francesa. Su tratamiento e interés por la ciudad tiene manifiestamente más que ver con Baudelaire que con los cronistas de la villa a lo Mesonero.

Por otra parte, su lectura intensa de los maestros europeos de fin de siglo le descubre otro mundo: el de esa aristocracia decadente en donde, no obstante, se refugia, como un patrimonio moral, la preservación del viejo lujo y la vieja cultura, y en la que encuentra un cierto paralelismo social e histórico con los poetas del arroyo, los hombres del arrabal y los suicidas pasionales. Con él mismo, incluso, en tanto que su familia, de cierta hidalguía y linaje, había vivido una ruina económica. La de Ruano es una literatura, incluida la periodística, interesada por los perdedores, por arriba y por abajo, del proceso de la Modernidad, que culmina en un siglo que él pudo conocer desde todas las atalayas. Sintiendo siempre parte de los perdedores por abajo, toda su vida fue un querer

entremezclarse con los perdedores de arriba. Esta dualidad aristocrático-marginal también define y estructura su mirada y su producción.

La formación no literaria de CGR tuvo deudas principalmente con la constelación de la generación del 98, y algo menos con la del 14. Pero la Filosofía y demás ramas de las letras no le interesaban sino como pretextos literarios. Sus afinidades políticas fueron siempre algo inconsistentes desde el punto de vista intelectual, más labradas por los amigos que le rodearon en cada momento (y por las amenazas de muerte que recibió cuando abjuró de la República, pues ver en peligro tu vida ha de ser una experiencia muy inductiva), que por inquietudes propias por el mundo de lo político, hacia el que siempre mostró, en su descarnado concepto, y no como pretexto para reflexionar, dorsianamente, sobre los eones y corrientes históricas, una gigantesca prudencia que cristaliza en distancia: «una polémica literaria me enzarza más que todos los problemas políticos juntos y revueltos». La peripecia política de CGR, también plena de interés precisamente por su accidentalidad, hay que interpretarla, de nuevo, desde un punto de vista literario y estético. Como Valle, Ruano se estremece ante la majestad sólo cuando se encuentra caída.

Para cuando se establece la Generación del 27, César González-Ruano ya es un verso completamente libre en el entramado de la intelectualidad española. En literatura le interesa, más que todo lo que se hace tendencia entonces (y que él ya había practicado en su juventud con sus poemarios ultraístas, como *Viaducto*, que son de lo mejor del vanguardismo poético español, a juicio de Juan Manuel Bonet y Juan Lamillar), un esteticismo depurado que en España tuvo prácticamente sólo a él en nómina. Tenía predilección por los franceses todos, desde Baudelaire a André Gide, por Wilde y D'Annunzio, Papini y Unamuno, Azorín y Baroja. Tardíamente le apasionan algunos novelistas de otra cuerda, como Somerset Maugham y Simenon, de los que, en un artículo, llega a decir que, junto a Baroja, son los únicos escritores con los que verdaderamente experimenta un gozo lector pleno. Pero su formación, su personalidad literaria, su universo absolutamente propio, impermeable tras pasar el sarampión surrealista a las sucesivas modas y tendencias dominantes, surge de esa mezcla entre las ideas decadentistas, un carácter apasionadamente melancólico, y el trato permanente con la Poesía como escuela de literatura y pensamiento. Su prosa, simplificada con el tiempo por la adquisición de cierto clasicismo antirromántico que no se explica sin su estrecha amistad con Rafael Sánchez Mazas y Eugenio Montes, ofrece un viraje radical: del barroquismo de la primera etapa, que llega a su cénit en su canónica biografía de Baudelaire, a una claridad acuosa, que encapsula nenúfares de lirismo en pequeños pero espléndidos fogonazos. En su última etapa, perseguirá una extrema pureza literaria, ideal sobre el que teoriza abundantemente. Sin abandonar la preocupación permanente por lo estilístico, acampa su verbo en una precisión que busca la casi invisibilidad. La quintaesencia con la que encarna tanto la personalidad romántica como la clásica hace que, con independencia de las preferencias y gustos del lector, toda la trayectoria de Ruano sea interesante en su capacidad arquetípica y, no obstante, de singulares perfilamientos.

Ruano es el cronista de aquel Madrid de la posguerra y el desarrollismo que a Garcil le ha obsesionado retratar: esa ciudad tan pobre como pintoresca, poblachón manchego que experimenta una modernización radical, americanizándose con la expansión del cine, nuevas músicas y modistos, la proliferación de los coches, los clubs nocturnos y la consolidación de la clase media. Una ciudad que, en lo social, se desprende de cualquier residuo estamental, recibe el éxodo rural y se llena de oficinistas, comerciales y vendedores con familia esperando en casa a la hora de comer, y en lo cultural, abierta a cada vez más influjos: un palimpsesto en el que Ruano metió la pluma con aciertos soberbios e intuiciones visionarias, como cuando analiza el hermetismo de la nueva juventud, el empobrecimiento del idioma o el aburguesamiento espiritual que modela nuevas conciencias y nuevas sensibilidades que constituyen puntos y aparte en la Historia de Europa.

Pero el perfume literario de Ruano nos trae también decorados internacionales, escenarios de artistas pintorescos, últimos *dandis*, espías, jugadores de casino, fiestas y transformaciones urbanísticas (constantemente atiza a la obsesión moderna por la piqueta). A veces gusta de trasladarse, y con él al lector, a realidades de perfil cinematográfico, un arte que, sin duda, influyó en su quehacer periodístico: el nuevo periodista era como un escritor descendido al fango de los mundos de sociedad, entre los que Ruano se movía con afición detectivesca, indagatoria y algo *voyeur*. No sólo es Ruano un poético mirador a la España del momento, más enriquecida de influencias y más plural, cultural y socialmente, de lo que nos dicen, sino también a otras muchas latitudes, por las que desarrolló una pasión y preocupación proporcional a la de los temas madrileños y españoles. Porque hay un Ruano madrileño, el de su juventud, y un Ruano europeo, el de su madurez, que lleva una vida errabunda por las grandes capitales de Europa, adquiriendo inverosímilmente todo tipo de viviendas y estudios en avenidas principales, pueblos de mar entonces recónditos y ciudades de exilio; e incluso un Ruano orientalista, que pasa largas temporadas en Marruecos y Túnez, que escribe la novela *Circe*. Ruano exprime ciertos lugares europeos (Roma y París, las Rivas) por sus caras más elegantes y aventureras, cúlmenes de una civilización alegre, galante y *mondaine* que se pierde por el desagrüe y que será el gran ideal de su nostalgia, cuando encarando el declinar de su vida vuelva al Madrid de los cincuenta, tras más de una década de exilio matritense. Que un hombre de su época conociera Estados Unidos, toda Europa central, varios países de Oriente Próximo y Oriente Medio, Escandinavia y otras tantas regiones de África, es dato que nos habla de su gusto por el aventurerismo y el conocimiento de lo extraño: con esos rënditos hará una literatura de viajes tan deshinchada como brillante, muy Paul Morand.

En esta faceta cosmopolita, tan importante en su vida y su literatura, tuvo una gran predilección por la región mediterránea, en la que vivió como un verdadero rey de la mundanidad, durante un periplo que plasma (solo a medias) en sus *Memorias* y que tanto nos hace pensar en fotogramas de *La dolce vita*, de Fellini. El periodista-literato se mezcla estrechamente con las capas de una élite social excéntrica, dada al placer extravagante y al lujo indolente (y por ello ambivalentemente examinada), se extasía ante la mujer *fatal* y el clasicismo del paisaje y de la geografía, entregándose a un lánguido no hacer nada. Pero a diferencia de Marcello, nuestro Ruano tiene preocupaciones metafísicas, sinceras e ignoradas, como puede apreciarse en innumerables fragmentos de su literatura, transidos de preocupación teológica, moral. La frivolidad le desengaña porque su espíritu, en verdad, apunta más alto, y su psicología está pulida por una intensa experiencia del

dolor, que le sobreviene a raíz de su frágil salud, y una de las autocríticas más virulentas, más desdichadas, que podamos encontrar en la literatura española contemporánea.

La curiosidad fue su máxima guía. Curiosidad geográfica, curiosidad por lo pintoresco, por los hombres y sus formas de vivir. Esa fundamental curiosidad le hizo escribir prácticamente sobre toda realidad, preferencialmente sobre la pequeña e inadvertida. Todo le interesaba, en todos los hombres encontraba una metáfora y en todas las cosas una analogía humana. Su omnímodo interés va levantando una fascinante galería de raros sociales o de almas perdidas, de bellezas clásicas o de fealdades que su mirada transforma y redime.

Azorín le dijo una vez que la vejez era la ausencia de curiosidad. Desde este punto de vista, Ruano jamás fue viejo. Uno se sorprende mucho constatando, en artículos que escribe aproximándose a una edad otoñal, su capacidad para observar la realidad con los ojos de un niño que la descubriera por vez primera, con el criterio de un poeta adolescente que escoge los temas más básicos o elementales para probarse, pero con la inteligencia y el oficio de un ser absolutamente dotado para el análisis y la síntesis, y distante de toda ingenuidad de pensamiento. Así, Ruano nos invita constantemente a fascinarnos ante lo que dábamos por hecho, sin perder por ello el juicio, atisbando en su realidad acostumbrada el milagro de lo eternamente nuevo y conmovedor, en un extraño equilibrio entre el gozo de vivir y la melancolía. Dio, como pidió Novalis al poeta, a lo conocido la dignidad de lo desconocido, sentido a lo ordinario.

La literatura es como una ciudad, con edificios monumentales y pequeños, plazas mayores o escondidas, que representan a los grandes escritores y su fortuna póstuma, sus aportaciones en esa patria imaginaria y el recuerdo de ellas. Unos pocos, para unos pocos. En el caso de César González Ruano fue para muchos, además, mientras latió su ardiente corazón. Y en este año de 2023, que ya resulta distópico en su mera cifra, confío en que todavía quede un reducto de desencantados que pueda seguir calentándose las manos, como mendigos neoyorquinos, con el barril llameante de la prosa de César González-Ruano, y su forma de mirar las cosas. Para ellos va este ramillete de flores estéticas y nostálgicas anudadas con amor. Volviendo al símil de antes, César González-Ruano es una recoleta placita, con una fuente hermosa y desolada por el tiempo y la soledad. Tiene la dignidad de ese resquicio menudo e inadvertido que nos encontramos de repente, turísticamente fatigados, y que nos maravilla por su elegancia sin frecuentación.

Esta edición

En el prólogo se ha afirmado, tal vez un poco ambiciosamente, que el propósito de este volumen es reprimar a Ruano. Si bien es cierto, no sería ello posible sin *sherpas* o navegantes adelantados que dejaron la oscura carretera veteada de farolas, o los acantilados helados salpicados de refugios. La tradición funciona de este modo. Herencias que se dejan y herencias que se recogen, predisposición a legar y predisposición a conservar y dar nuevo aliento. Representa esa luz, principalísimamente, el maravilloso trabajo realizado por Miguel Pardeza, no sólo insigne futbolista del Real Madrid y del Real Zaragoza, también (por si ya fuera eso poco) Robinsón Crusoe del ruanismo académico, además de excelente escritor y estudioso de nuestras letras. Fue Pardeza quien, coincidiendo con el centenario de Ruano, emprendió a principios de siglo la incalificable labor de rescatar los millares de artículos dejados por aquel, y de su titánica contribución nos reconocemos deudores necesarios en esta proyección que extracta, de entre más de tres mil páginas de artículos salvados de los mares del olvido, esta síntesis que, de manera abreviada y accesible para el lector, busca escoger y cohesionar temáticamente su vasta producción, pretendiendo rehabilitar el festín de Ruano para renovados comensales (dado que los libros de Pardeza son prácticamente inencontrables ya; como lo es casi toda la literatura de Ruano, convertida generalmente en mercancía de lujo para librerías de lance). También existe una vieja edición de *Prensa Española* que llegó a nuestras manos, gracias a Paloma Alonso González-Ruano, no sólo nieta del escritor, sino escritora ella misma, gran lectora, que junto a dicho regalo nos brindó también su hermosa amistad. Esa vieja edición lleva por título *Trescientas prosas* y se hizo para conmemorar los 25 años de la muerte de D. César. También es obligado mentar aquí a la Editorial Renacimiento, a la que debemos el rescate de las memorias y una antología de su poesía bajo el título *Ángel en llamas*, y a la Editorial Visor, que publicó una edición actualizada de sus diarios completos.

La presente antología es fruto del desnudo amor por una prosa y un modo de habitar y de mirar. No hay subvención política, sino poética, no hay interés egoísta, sino evangelizador. Hemos contado con Álvaro Romero, capitán de la Editorial *SND*, como contó Colón con los Reyes de Castilla, inmerecidamente, recibiendo un mecenazgo inmenso a cambio de nada. En este caso, ni siquiera nos avalaba la intuición de descubrir nuevas rutas (acaso sea esta una ruta literaria muy justificada, aunque, nos tememos, no de dorados o gloriosos réditos), sino el deseo de hacer algo justo en la tierra –de justicia muchas veces ciega, ya se sabe– de la Literatura.

Los artículos seleccionados se estructuran en cuatro categorías o capítulos.

Con la expresión, que Ruano usó alguna vez, de *La vida de prisa*, reunimos crónicas periodísticas caracterizadas por un tono más apegado a la actualidad contemporánea. En ellas, Ruano escribe como un glosador atento al reverso poético de lo viviente y fugitivo. Él mismo define al periodista como «un historiador de lo que muere en el pleno imperio de su actualidad». Son estos, pues, los artículos en los que está más presente la viva

anécdota y su literaturización, y en donde mejor se condensa su técnica periodística, que es también técnica literaria y filosóficamente muy interesante para la reflexión sobre los géneros literarios. Por contraposición, en *La vida detenida* se agrupan lo que hemos llamado crónicas líricas, aquellos artículos menos comprometidos con la anécdota externa, tendentes a la poesía en prosa, al despliegue por parte de CGR de su entera libertad creativa, sobre la que diremos algo. En ellos queda mejor recogida su personalidad íntima y la construcción de un dandismo estético-literario que no ha tenido parangón en España. Téngase en cuenta que los elementos de la crónica y de lo poético coexisten casi siempre en la producción recogida, pero se puede apreciar una preeminencia de lo uno sobre lo otro, si bien la dialéctica entre lo efímero y lo permanente, lo particular y lo universal, es una constante omnipresente.

En *Artículos sobre temas abstractos y literarios* caben los artículos más cercanos a la reflexión abstracta sobre algunos elementos de las ideas, de las costumbres o de la moral social. La divagación teorizante, en Ruano, tiene también un acomodo artístico, las reflexiones son dosificadas, en la pieza, con levedad y gracia, aplicando su doctrina de que las palabras tiran de las ideas mejor que estas de aquellas. Son aquellos artículos que poseen la estructura que Ruano denomina y explica de este modo: «La crónica abstracta –por llamarla de algún modo–, esa que se saca uno de la manga, como la abeja la miel, es mucho más difícil que la otra, sobre todo si no se resigna uno, ni mucho menos, a que tenga un valor minoritario, se le imprime amenidad y un cierto interés para todo el mundo. Sus peligros son infinitos. No debe de ser un ensayo, aunque participa de él (...) Demasiadas ideas la perjudican contra lo que suele creerse en la juventud. El joven quiere meter en un artículo todo lo que se le ocurre y todo lo que sabe. Este es un error fatal. El artículo ideal debe de tener una sola idea y, luego, *subideas* consecuentes, y en todo caso lo que no puede tener son ideas de distintas familias».

Por último, en *Los hombres de ayer* se recogen semblanzas, rememoraciones o artículos necrológicos de personas que tuvieron trato humano o intelectual con César González-Ruano. En ocasiones, poseen fama para el lector hodierno, en otras, no. De cualquier modo, CGR posee una virtud incomparable para levantar las efigies de estos hombres, humanizándolos y volviéndolos inmediatamente familiares al lector. Frente a la mitificación de la necrología habitual, CGR practica una necrología humanista que dista igualmente de la hagiografía banal y de la diatriba crítica. Se ha hecho célebre su gusto por este género. Ciertamente, el tema de la muerte y de los muertos recorre como un afluente su articulismo. CGR encuentra en el fenecido, o en su rememoración, todo un mundo que se despide o despidió de la vida, el mundo asociado a ese hombre. Tras de cada hombre que desaparece, él ve algo más que la muerte del hombre-individuo: el desangrarse de la época, de una particular forma de convivir con la realidad o de transmutarla. Y se ve a él mismo, el que fue en relación con el muerto, morir también un poco. En aquellas líneas de fúnebre pretexto, CGR perpetra, por un lado, estampas humanas de enorme belleza, y por otro, muy valiosas teselas del paisaje y el paisanaje de la cultura española del siglo XX.

Como en toda antología, el criterio de selección de los artículos contiene, de modo inevitable, un componente de subjetividad. Pero esa subjetividad ha intentado ceñirse por un hilo de oro objetivo, que ha sido el de antologar aquellos artículos que más ostensiblemente transparentan, a juicio de uno, la siempre velada y nunca dogmática, ni

explícita, cosmovisión de César González-Ruano, los artículos más concentrados de su poética, de sus ideas y sus fórmulas más queridas, y los más exponentes de su capacidad literaria o de registrador poético de sus tiempos. La tarea ha sido vastísima, pues seleccionar entre lo excelente, más cuando aparece en ingente cantidad, se ha antojado, a veces, doloroso. No están todos los que son, pero esperemos que sean todos los que están.

Por primera vez en las modernas ediciones de César González-Ruano, pues, hemos intentado armar un orden lógico con los artículos escogidos. Un orden que, nos parece, no es arbitrariedad por nuestra parte, sino sugerencia clasificatoria que sale natural de la lectura sistemática de su producción periodística. Un orden en el que no importa mucho la cronología, que dejamos anotada, cuando nos consta, por curiosidad histórica, sino el argumento completo, siendo todos los artículos como piezas de un mosaico orgánico y coherente. Pensamos que la selección que ofrecemos es atemporal porque estos artículos son, como se sugirió, poemas en prosa adaptados al formato circunstancial de los periódicos. La trayectoria literaria de César González-Ruano encuentra un parteaguas en la Guerra de España. Desde que Ruano empieza a probar suerte en el periodismo, allá por 1925, hasta el inicio de la guerra, puede hablarse de una primera época en su producción, mientras una segunda sobreviene tras la hecatombe española y europea. La primera es la de mayor deuda de Ruano con el medio en el que escribe. Eso le lleva a tener que realizar múltiples reportajes y entrevistas, formatos en los que igualmente ensaya una mezcla periodístico-literaria de gran valor. Hemos incluido algunos ejemplos, excluyendo los que, por su estricto apego a la circunstancia histórica, carecen hoy de interés. Pero conste que la producción netamente periodística que llevó a cabo Ruano fue, durante muchos años, prácticamente inigualable en calidad y, sobre todo, en cantidad, siendo un vanguardista y un pilar histórico del periodismo español y de la innovación de sus formas y temas: «puedo decir, porque ahí está la colección del periódico y el recuerdo de las gentes, que no hubo en Madrid asunto, suceso, viajero ilustre, aniversario, lo que fuera, sobre lo que yo no cayera con velocidad y tenacidad sorprendentes».

Menester es decir que, pese a esta primacía, Ruano no fue nunca un periodista de convicción. En su insobornable fondo de literato puro, de poeta, la actualidad la encontraba moneda de cobre, a no ser que se la exornase con la cariatide literaria, para lo cual había que ver la vida y sus sucesos con una secreta mirada poético-mágica. Así, Ruano pugnó con los directores de los periódicos en los que trabajó para introducir su particular visión, de tal forma que la inclinación artística y la necesidad alimenticia pudieran convivir: «Muchas veces —escribe Ruano— la noticia que uno glosa o comenta en un artículo ni siquiera es el pretexto, sino la supervivencia sólo del prejuicio periodístico que aún nos queda de escribir la crónica literaria *sobre algo*. Parece que existe un pudor en llenar un espacio con especulaciones puras y abstractas. Sin embargo, si ustedes hacen la prueba y quitan la noticia concreta, verán, por lo menos en mis artículos, que en un 90 por 100 de los casos todo podría andar sin necesidad de ella. He llegado a la conclusión de que es un sencillo prejuicio de modestia y un resabio ingenuo que sobrevive de nuestros años juveniles, en que, mucho antes de conquistar al público, había que conquistar al director del periódico, que en aquellos tiempos, bien lo sabe Dios, tenía con honrosas y mínimas excepciones, un inexplicable y decidido asco por la literatura. Entonces la noticia de actualidad sobre la que uno fabricaba el mundo personal de la crónica era el comodín, el biombo, el pretexto que hacía viable la publicación del artículo». Puede decirse que a lo largo de su carrera fue ganando y avanzando posiciones

hacia la libertad literaria, y la plaza que conquistó, a la postre, fue la de la fama, el prestigio e, incluso, una moderada riqueza que le hizo trascender el «escribir en Madrid es llorar» de Larra y de sus amigos bohemios de juventud, elevándose a una posición de prestigio que jamás imaginara. Lo que no quita, como muchas veces se ha olvidado, que Ruano no dejara de ser, hasta el último día de su vida, un esforzado obrero de las letras, que a veces no podía perdonar la escritura de los artículos de un día, siquiera sea para pagar unas facturas sobrevenidas, como queda visible en sus diarios. Esto era común en la época. Muchos de los grandes escritores, literatos o filósofos del siglo XX que han pasado a la posteridad, labraron su obra en los periódicos, nunca por gusto, sino por crematística necesidad. Ruano explica de este modo, en una reflexión que tiene mucho de reivindicación para sí y para la aportación fundamental de su generación literaria al periodismo, el papel que, en su tiempo, tuvieron la crónica y los periódicos como refugios de la literatura, ante el declive y agotamiento de los géneros literarios tradicionales, a los que, con profetismo, da por amortizados: «La crónica es hoy día el género más alto y expresivo de la literatura, contra lo que veníamos creyendo y repitiendo de que era un género menor. Procuraré explicarme. Primero de todo, y principalmente en nuestro país, gran número de escritores de buenas letras, de escritores excelentes, han necesitado acudir a la colaboración de los periódicos ante la estrechez económica que rodea al libro. Este fenómeno, absolutamente de nuestro tiempo, ha divulgado también el nombre del escritor y popularizado su fama. Coincide el apogeo de la colaboración literaria asidua y profesional, con el casi abandono del cuento, con la escasa proporción de ensayistas y con que las nuevas fórmulas de la novelística destacan un tipo de novela casi independizada, en parte, de lo que entendemos por literatura. La novela de estilo ha terminado. La novela psicológica al modo francés ha sido tan superada por la vida misma que hoy no interesa. A la creación de personajes individuales ha sucedido la creación de personajes colectivos, y así son personajes la guerra, la emigración, la política. Se cuenta de un modo directo, seco y aliterario. La novela actual tiene mucho de reportaje, de *filme* y de documento viviente, no pensante. (...) En suma, a mi entender, la literatura se está refugiando en el artículo y los literatos de hoy son los cronistas. Esta es nuestra enorme responsabilidad: que un género que suponíamos menor y que hemos ido aprendiendo y perfeccionando más en la necesidad que en la afición, nos ha cogido el alma y el tuétano, y encontramos mejor representadas nuestras facultades en él que en otros sistemas de invención y de narración.

Cuando se repasa en la moderna literatura española, la de este siglo, la hora de muchos escritores se ve que su labor mal llamada periodística –es periodística en tanto que salió en periódicos–, es muchas veces más rica y más importante que la de sus libros, encontrándonos también con que muchos libros no son otra cosa que colecciones de artículos publicados o que se podían haber publicado. No quiero citar nombres porque esta idea todavía no parece un elogio, pero en la memoria de todos andan sin duda los numerosos ejemplos. Estamos, sin habernos dado cuenta de ello, en la edad de oro del artículo y no sé hasta qué punto un mal novelista o un comediógrafo mediocre, o un poeta de esos que escriben de oído y fórmula pueden continuar en el engaño de que ellos, y no los otros, representan la literatura, sobre todo en España».

Ruano testimonia paradigmáticamente esa transformación en el universo literario español. Ser cronista permitía mejor que cualquier otra labor literaria la adquisición de un nombre. Y, en el caso de Ruano, además, de una libertad de autor absoluta, pues llegó

el momento en el que todos los directores querían tener su firma en sus periódicos, lo que le permitió, a partir de 1950, escribir como él quería, desplazando cualquier referencia a la actualidad en sus artículos, eligiendo temas en los anchos mundos de la nostalgia, la evocación o la divagación, o el hallazgo último de convertirse a sí mismo, al individuo César González-Ruano, en el tema del artículo, en una especie de dietario periodístico que le suministró su máxima reputación y popularidad: el periodista-poeta era más comercial que los funcionarios del periodismo o de la poesía. Las tesis de Ruano acerca de la subjetividad y de la introducción de temas no periodísticos vencían. Comentamos esta ascensión de Ruano hacia su plena libertad y triunfo como periodista porque vertebraba la estructura de la antología, siendo los artículos de *La vida de prisa* los más representativos de su época «proletaria» en los periódicos, y los de *La vida detenida* el fruto delicado de su emancipación de la plumífera servidumbre gacetillera.

Es por este apoteósico triunfo literario en vida por lo que, con toda probabilidad, pretenden derrotar a César González-Ruano en la memoria. Pese a las citas de puro elogio literario que podrían aducirse, es un hecho incontrovertible el de que CGR es hoy un escritor maldito (como muchas otras tantas cosas buenas). Ha suscitado tantos odios y rencores sin motivos fundados, que resulta un caso insólito en el género contemporáneo de la *damnatio memoriae*. Pero, si se piensa bien, no deja de advertirse una sutil lógica explicativa. Y es que, en un ecosistema tan violentamente aristófobo como el español, ser descabezado es casi siempre síntoma de auténtica jerarquía. El resentimiento o la envidia se disfrazan, como es habitual en nuestros tiempos, de chorreras justiciero-políticas. Sospechamos que el motivo real de la cacería que aquel infausto libro inició contra César González-Ruano, y que supuso la decapitación del prestigioso premio unido a su nombre, no estriba sólo en su virtud para situarse en el puesto con que tantos periodistas y escritores han fantaseado siempre ocupar, sino sobre todo en su «asquerosa facilidad» (como dice de él *Hughes*) para escribir y escribir bien, para encarnar, en fin, un paradigma literario y un arquetipo humano que ya no existe ni, probablemente, tiene en nuestro mundo sucedáneos.

Hoy nadie le recuerda, salvo para la cita manoseada o para el denuesto fácil. De modo inverso a Rimbaud, podría decirse que César González-Ruano ganó su vida por delicadeza en un tiempo, perdiendo por ella la vigencia en otro. Su recuerdo ha sido hecho trizas por el atropello que la furgoneta de la (des)memoria histórica consume en los bulevares de la posteridad.

No pasa nada. Ruano pertenece, y por eso es más atractivo su legado, a ese enorme *Titanic* en el que nuestro agonizante mundo va hundiendo, deseando su óxido y desintegración, todo lo que, por sus cualidades mejores, carece de pasaporte en unas sociedades que han hecho del feísmo y la bajeza un orgullo y un patrimonio histórico. No por casualidad, César González-Ruano fue un escritor de la civilización que se adentra en el crepúsculo, de elegancias sociales que ven su eclipse, de dulces nostalgias, de final de raza.

Escritor, en fin, de una sensibilidad abolida, que pone a nuestra época, elocuentemente, frente al espejo de su miseria estética y sentimental.

